

Jacqueline Clarac de Briceño

Desde la cercanía, la otra mirada a la historia andina y venezolana

BELKIS ROJAS TREJO
UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
MÉRIDA-VENEZUELA
belkiata@yahoo.es

Nº 51

Llegué a Mérida comenzando los años 80, iba por cambio de carrera desde el Núcleo Rafael Rangel de la ciudad de Trujillo, donde había empezado a estudiar Educación por la mención de literatura hispanoamericana, a la Facultad de Humanidades y Educación a cursar Historia. Ese traslado fue todo un reto muy estimulante para mí. Mudarme de ciudad para estudiar en Mérida! No sabía si podría lograrlo, pero no pude dejar de intentarlo. Una muchacha con dos niños muy pequeños, sin apoyo económico de mi familia, con un compañero igualmente estudiante, en fin. El intento salió bien, gracias a los Encantos y momoyes (dioses) andinos.

Afortunadamente me encontré con muy buenos compañeros y compañeras de estudio, gente alegre, despreocupada y solidaria y, con excelentes profesores, comprensivos algunos, otros no tanto, pero todos fueron marcando mis años de formación como futura profesional, pero también como persona, mujer y madre. Recuerdo con especial cariño a Jacqueline Clarac, Orlando Monsalve, Ramón Rivas, Ana Rita Tiberi, José Manuel Briceño Monzillo, José Manuel Briceño Guerrero, Milagritos Contreras, Alí López, Hilda Duque y Adrián Lucena Goyo. En esos años la Facultad de Humanidades y Educación estaba en la Avenida Universidad, en lo que llamábamos cariñosa y jocosamente “los galpones” o “la pollera”, debido a la forma de la construcción.

En mi primer semestre en la Escuela de Historia conocí a varios de estos profesores, y con algunos de ellos establecí relación de alumna-profesor o profesora a lo largo de mis años de estudio. La más cercana fue con la

profesora Jacqueline Clarac, que dictaba las materias de Antropología I y II, y además lo que se denominaba como asignaturas optativas y seminarios. Estos generalmente tenían valor curricular, pero también acostumbraba ella impartir “seminarios complementarios” sin valor curricular, dirigidos a todos aquellos estudiantes de Historia y de otras especialidades existentes en la Universidad, que quisieran asistir sólo por interés de aprender. Siempre vi a la profesora Jacqueline rodeada de gente joven. Nos encantaba con su forma de enseñar y de pensar, además era una mujer delgada que siempre vestía con ropas holgadas de colores vivos, combinada con unas muy lindas y vaporosas pañoletas de diseños que siempre se me hicieron muy propios de ella. En esos años la profesora Jacqueline se reía mucho, contaba cantidad de anécdotas, se movía con mucha rapidez, siempre cargada con un maletín muy pesado, lleno de libros que compartía con sus alumnos y alumnas, nosotros bromeábamos con lo pesado de su maletín y le decíamos que si cargaba piedras y piezas arqueológicas. Ella se reía de esas ocurrencias.

Para mí sus clases fueron siempre fascinantes, sobre todo porque desde mi origen rural, pero también urbano trujillano-valerana, conocía algunas prácticas religiosas y curativas conocidas como “marialionceras”, culto a María Lionza, que en aquellos tiempos yo pensaba como “superciosas”, “cosas de la gente que no tenía un buen nivel educativo”, aun cuando algunos profesionales de mi familia y amigos de mis familiares eran asiduos visitantes de estos centros. Me causó mucha sorpresa y también debo decir que cierta satisfacción a mi avergonzado ego de mujer joven y perjudicada, cuando en las clases esta profesora abordó desde una perspectiva científica, desde las ciencias sociales, aquel tema, enfocándolo como una forma muy compleja de lenguaje sobre la enfermedad y la religión en Venezuela.

Más adelante, nos explicaba que en una sociedad pluriétnica, como la nuestra, la enfermedad, es un fenómeno muy complejo y por tanto requiere que el investigador lo mire, se acerque a él, diversificando métodos y consciente de que es un fenómeno perteneciente a una realidad igualmente compleja por ser multidimensional y donde cada una de las dimensiones de lo humano se comunica con todas las demás: biológica, espiritual, sociológica, cultural, histórica. Debo confesar que en aquellos años yo entendía poco de este discurso, pero a ella podíamos preguntarle y siempre estaba dispuesta a darnos su tiempo para explicarnos y aclarar nuestras dudas.

Una sociedad realmente democrática -nos decía siempre- implica el reconocimiento y respeto por las otras formas de conocimiento, especialmente los conocimientos locales, por tanto, era necesario abordar el tema de la enfermedad desde todos los sistemas médicos coexistentes y practicados

en Venezuela, que son varios. Argumentaba con insistencia que la enfermedad, las maneras de tratarla y la religión están siempre muy unidas en todas las sociedades humanas, y el culto de María Lionza es una muestra de esto. En varias de sus publicaciones señala que el mismo es una religión en formación en la sociedad venezolana emergente en el siglo XX y que está estrechamente ligado al fenómeno de la enfermedad, esto lo muestra por ejemplo en su libro *La Enfermedad como lenguaje en Venezuela*, en el cual realiza un acercamiento etnohistórico a la veneración a María Lionza.

Nos insistía en que la manera de conocer, investigar, descubrir y escribir debía mantener el subrayado sobre la importancia de conectar con la realidad de los sujetos con quienes trabajábamos, fueran estos indígenas, campesinos mestizos, o distintos grupos urbanos, llevando los resultados más allá de la mera investigación, hacia la comprensión en procura de aplicación y generación de políticas públicas que permitieran mejorar las situaciones de vida de las personas, impulsando y haciendo valer sus derechos humanos fundamentales, tales como los identitarios, a vivir bien y en respeto en sus propias prácticas culturales.

Estábamos en una Escuela de Historia y ella, al igual que el resto de los docentes, estaba formando “jóvenes historiadores”, como le ha gustado decir siempre. El tema de la Etnohistoria era recurrente. Aprendí a tener un acercamiento a las narrativas dejadas por los españoles en sus documentos con otros profesores de la carrera, pero el enfoque de Clarac era un tanto diferente, tal vez por la formación y quehacer como antropóloga y artista, así como incansable práctica y convivencia con sociedades vivas en el “campo”, nos enseñó a mirar en ángulos y desde ángulos y más allá de lo que dice el testimonio escrito.

Aprendí que no hubo ruptura al llegar los españoles como nos habían enseñado desde la primaria, pasando por los estudios de bachillerato e incluso los universitarios, sino que, al contrario, hay una continuidad que hoy se puede ver al realizar trabajo de campo. Ponía el ejemplo de cómo vieron los cronistas españoles a estas tierras y a los hombres y mujeres que conformaban los distintos pueblos que hoy conocemos como América y que los intelectuales indígenas, así como otros intelectuales y activistas actuales que acompañan los procesos de sus luchas, denominan ABYA YALA. Miradas cargadas de asombro, de incomprensión, de prepotencia, de prejuicios y de invención, con las que justificaron la conquista y la colonización. Nos mostró cómo los calificativos que se daban a los mohanes o chamanes como idólatras, brujos y hechiceros, causantes de enfermedades y muerte, no tenían nada que ver con la realidad de estas personas como

médicos curanderos que atendían la salud física y espiritual de los hombres y mujeres de sus pueblos.

Propuesta para mirar la información de los documentos asumiendo la complejidad, utilizando metodología multidisciplinaria, no conformarnos sólo con el dato o los datos extraídos de los archivos denominados históricos, sino confrontarlos y complementar con lo que nos pudieran aportar disciplinas como la arqueología, la lingüística, la antropología, entre otras. En aquellos años todavía la profesora no hablaba de la transdisciplinariedad, ni de las antropologías del sur, aunque todo su trabajo investigativo y práctica antropológica apuntaba y es la base para sus planteamientos más actuales al respecto.

Como antropóloga, interesada en la historia andina, siempre tuvo presente en sus discusiones, planteamientos y reflexiones -tanto en los salones de clases como en sus proyectos de investigación y en la escritura de los resultados de los mismos-, el cuestionamiento del legado colonial y la construcción de UNA HISTORIA, tema que atañe a la disciplina y en la que indudablemente Clarac hizo contribuciones importantes, sobre todo para la comprensión de la región andina venezolana, lo cual siempre fue muy estimulante para los y las jóvenes que aprendíamos con ella.

Así, recuerdo que en una clase de Antropología II nos preguntó sobre los pueblos indígenas de los Andes. Dirigiéndose a mí me inquirió si conocía personas indígenas en Trujillo. Contesté que no, que creía que no habían. Al igual que casi todos los andinos, estaba segura de que ya no existían, en ese momento lo que sabía era que los indios habían desaparecido a lo largo del periodo colonial. Sin embargo, *la profe Jacqueline*, así la hemos llamado por cariño y por ahorro de palabras, con su dinamismo de siempre, nos mostró e hizo caer en cuenta en esa clase, con base en sus investigaciones antro-históricas, etnológicas, etnomédicas, que la población “criolla” campesina venezolana es heredera de las culturas indígenas que habitaban la zona antes de la llegada de los españoles, y que aún guarda muchas de sus características sobre todo en los imaginarios culturales y su relación con el cuerpo y el entorno, las cuales se ven reflejadas profundamente en sus formas de organización del habitat, espacios de sembrar, nociones sobre comunidad y las prácticas comunitarias, mitología, prácticas mágico-religiosas, concepciones del cuerpo y enfermedad, así como formas de tratarlas y /o curarlas, relaciones de parentesco, etc.

Para mí fue realmente importante darme cuenta de todo esto, fue casi revelador, pues me crié en una población rural del Estado Trujillo llamada San Pedro, ahí llegó mi mamá con mi hermano José Lucas y

conmigo a trabajar como maestra de la Escuela Nacional Unitaria N° 1992. Muchas de las cosas de las que hablaba la profesora Clarac las conocía o las había vivido de pequeña. Por ejemplo, recuerdo que un día, estudiaba 3er o 4to grado de primaria, llamaron a mi mamá para darle la noticia de que uno de mis amiguitos de la escuela, es decir uno de sus alumnos, había desaparecido en un páramo llamado Los Aposentos. Lo buscaron mucho, pero nunca lo pudieron encontrar y decían que se lo habían llevado los Arcos porque “era catire, de ojos gatos y a los Arcos y Encantos les gustaba la gente catira”. Mi mamá decía que “esa gente no habían buscado bien a ese muchachito, que seguro lo habían sacrificado”, y una de mis tías adoptadas (Alcira Briceño era una de mis tías del lugar) señalaba de manera categórica que ya no debían buscarlo, ya se lo habían llevado los Encantos del páramo y que ya no lo devolverían, si lo buscaban los Encantos se iban a poner bravos. La verdad ¡nunca entendí semejantes comentarios! hasta escuchar las interpretaciones científicas que desde su práctica y análisis antropológico hacía *la profe Jacqueline* a hechos como éstos ocurridos en otros lugares de la Cordillera.

Sus lecciones me llevaron a despertar mi consciencia de pertenencia a los Andes, a *la gochidad* nuestra, *la gochidad* mía. Tal vez por estas razones me encantaban las clases de Antropología y los seminarios de Etnología y Etnohistoria que dictaba la profesora. Marcó mi carrera entender que a pesar del borramiento cultural y étnico (etnocidio y genocidio) que vivieron/sufrieron los indígenas andinos venezolanos, parte importante de su cultura y de su episteme permanecía en las culturas campesinas. La vida, los dioses, los mitos y los conocimientos de los antepasados indígenas habían permanecido estratégicamente ocultos, transformados, pero nunca desaparecidos, siempre persistentes.

Fascinante reconocernos en estas evidencias, plasmadas en sus libros *Dioses en Exilio: Representaciones y prácticas simbólicas en la Cordillera de Mérida* (1981), *La persistencia de los dioses. Etnografía cronológica de los Andes venezolanos* (1985) y *La cultura campesina en los Andes venezolanos* (1976), así como en varios artículos publicados en revistas nacionales e internacionales, pero sobre todo publicados en el *Boletín Antropológico*, revista que ella fundó en el año 1982 y en la cual publicó muchísimo, en coherencia con su manera de pensar la divulgación científica, como una acción que debía ser “repatriada”. Es decir, publicada en revistas venezolanas y en nuestra lengua heredada de los españoles y no en inglés, como era la exigencia científica internacional para validar nuestros conocimientos: Esa era otra de sus posturas de lucha en un mundo académico que sólo respondía y validaba los

criterios foráneos e impuestos a nuestras universidades, que los aceptan y los imponen sin ningún cuestionamiento, sin ningún asomo de rebeldía.

Siempre decía que los investigadores extranjeros, que investigaban en y sobre Venezuela, nunca o casi nunca publicaban primero en español y en revistas venezolanas, primero lo hacían en revistas científicas de sus propios países y en sus propias lenguas e interrogaba ¿Por qué nosotros tenemos que hacer lo contrario si también tenemos nuestras revistas y también nuestras revistas son buenas? Consideraba que esto era parte de la gran vergüenza étnica y epistémica que se tiene en el mundo universitario. El *Boletín Antropológico* es otro espacio académico importantísimo a nivel nacional e internacional que ha permanecido hasta hoy y en el cual han publicado investigadores de todas partes del mundo, justamente en este año 2020 arriba a su número 100. A ella, a su esfuerzo, trabajo y compromiso, conjuntamente con algunos de sus colaboradores, se debe en mucho su larga historia.

Trabajé con la profesora Jacqueline Clarac de Briceño durante varios años, al igual que muchas otras compañeras y compañeros que se sumaron a sus proyectos a lo largo de varias generaciones, a través de figuras académicas y administrativas contempladas en nuestra universidad. Comencé, junto con otra condiscípula, también trujillana, a trabajar en los centros de culto de María Lionza. Éramos auxiliares de investigación para el proyecto “Etnomedicina en la Cordillera de Los Andes”. Ya habíamos visto los dos niveles de Antropología, y *la profe* nos llamó para ofrecernos ese trabajo. Para mí significó el comienzo de muchos aprendizajes, así como un apoyo económico muy importante y necesario para ese momento. Ambas pusimos nuestros mejores esfuerzos en la realización de la parte que nos correspondió de esa investigación. Conocimos varios centros de culto a María Lionza tanto en la ciudad de Mérida como en algunos pueblos cercanos, nos encantaba y disfrutábamos mucho el trabajo y además queríamos “quedar muy bien con la profe para que nos volviera a llamar”.

Finalmente terminamos nuestros estudios de la carrera de Historia y, bajo su tutoría y dirección, hicimos la investigación correspondiente para nuestros trabajos especiales de grado. Si mal no recuerdo el título de mi trabajo, presentado en el año 1987, es *Las diosas madres andinas: Representaciones mítico-religiosas en los Andes Venezolanos (Trujillo y Mérida)*. De ahí, posteriormente, al igual que mis compañeros y siempre con el apoyo de la profesora, preparé mis primeras ponencias con las que participé en algunos congresos de Antropología y de Historia en el país, así como algunos artículos que se publicaron en revistas académicas nacionales. Obviamente,

mi primera publicación fue en el *Boletín Antropológico*, era el N° 11 del año 1986, eran los adelantos de investigación y se tituló “Las diosas madres en Venezuela (Mérida y Trujillo) desde la época prehispánica hasta hoy”. Así fueron mis comienzos en el mundo académico en mi Universidad de Los Andes.

Nunca podré olvidar los felices días de estudio y trabajo en el Museo Arqueológico de la calle 25, entre las avenidas 3 y 4. En el museo funcionaban dos áreas: Arqueología coordinada por el profesor Jorge Armand y la de Etnología coordinada por la profesora Jacqueline Clarac de Briceño. Allí tenía ella un cubículo, un pequeño cuarto lleno de papeles, libros, objetos artesanales realizados por personas pertenecientes a los pueblos indígenas. En el museo reposaba una colección arqueológica que antes había estado en el Departamento de Antropología de la Facultad de Humanidades y Educación. También recuerdo una cantidad considerable de cajas apiladas en el segundo piso de la casa, las cuales contenían una importante colección geológica. En esos momentos yo desconocía su verdadero valor, pero todos los estudiantes sabíamos que el contenido era muy importante y que la casa no tenía las condiciones para ser un museo y tener el resguardo de tan importantes material.

La profesora Jacqueline tenía, entre sus muy diversos objetivos, conseguir que el Consejo Universitario entendiera la importancia del patrimonio que se tenía y el prestigio que implicaba para la institución universitaria, la ciudad y el estado Mérida, tener un museo arqueológico como los “dioses mandan”. Esto quedó claramente demostrado, pues hoy en día el Museo Arqueológico de la Universidad de Los Andes es uno de los más importantes del país, sobre todo porque, tal como ella lo forjó, es un espacio, no solamente de exposiciones, sino también de investigación, divulgación y apoyo en los proyectos docentes y comunitarios de los distintos espacios educativos de la Universidad y de la ciudad.

Ella logró este objetivo, uno de sus muchos perseguidos y poco a poco logrados, cuando en 1986 bajo el rectorado el Dr. Pedro Rincón Gutiérrez y el Vicerrectorado del Dr. Julián Aguirre Pe, se inauguró el nuevo Museo Arqueológico, en el ala derecha del edificio del Rectorado de la Universidad, ubicado en el centro de la ciudad. Fue directora de este durante varios años, hasta el año 1995. Muy feliz comentaba: “¡Al fin pudimos lograrlo! El museo será muy importante para contribuir a la formación de investigadores de la ciudad y del país, es necesario tener jóvenes conscientes de su identidad, arraigados a su historia, que sepan que sus antepasados no son solamente los conquistadores españoles sino que comprendan la importancia de las

culturas indígenas del pasado y del presente, lograr esto es lograr tener cada vez un mejor país, con personas cada vez mejor preparadas”. Eso decía una y otra vez.

Fue en el “museíto viejo”, el de la calle 25, donde conocí a los profesores Adrián Lucena Goyo y Jorge Armand, parte fundamental del proyecto, así como a los señores Evelio y Rodolfo, quienes abrían, cerraban y cuidaban la sede. No recuerdo bien, pero creo que eran ayudantes de investigación o auxiliares de Arqueología, el área de los profesores Armand y Lucena. Ahí pasé días muy agradables. Eran de cierta manera festivos, al menos para mí, los momentos que teníamos clases en el cubículo de la profesora o, cuando éramos muchos estudiantes en un salón que cuando llovía se mojaba por todas partes. Disfruté mucho de mis clases y de mis compañeros, de nuestras ignorancias, seriedades, preocupaciones, aciertos y sobre todo, muchas risas. En realidad *el museíto*, como le decíamos de cariño, estaba en muy mal estado, era un espacio muy pequeño y deteriorado, tenía mucha humedad, en definitiva, no era apto para custodiar el patrimonio que hoy conserva el nuevo Museo en su sede del edificio del Rectorado de la ULA.

Como ya expresé, trabajé muchos años con la profesora Jacqueline, siendo estudiante y luego ya graduada. Participé, conjuntamente con otras compañeras y compañeros, en muchos de sus proyectos de investigación, administrativos y de difusión. La profesora me acompañó y apoyó en muchos de los proyectos míos: fui becaria del Plan II Generación de Relevo, Programa de Formación de Personal e Intercambio Científico del Vicerectorado Académico de la Universidad de Los Andes, impartí clases en la materia optativa: *Etnohistoria*; participé como investigadora en formación en varios de sus proyectos académicos financiados por el Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico (CDCHT) de nuestra Universidad; en el año 92 las autoridades universitarias, respondiendo a la insistencia de la profesora Jacqueline en la necesidad de abrir algunos cargos de investigadores para el nuevo museo, fui contratada en uno de ellos con la figura administrativa de Etnóloga. El otro cargo de trabajo fue para el geógrafo Andrés Puig Saltarelli, quién también había sido Plan II bajo la tutoría académica de la Profesora Clarac. Desde esta figura administrativa participé en el Proyecto: “Estudio Antropológico Pluridimensional de la Cordillera de Mérida” y en otros. Fueron años de mucho trabajo, aportes y aprendizajes invaluable, alegrías y también incertidumbres y el stress normal de quienes comienzan las obligaciones de una vida académica en un grupo grande de trabajo pluridisciplinario: además de Andrés Puig y mi persona, estaban también el historiador José Luis Quintero, Antonio Niño, quién aportó

su experiencia de trabajo realizado con diferentes arqueólogos del país, la arqueóloga Elvira Ramos, la restauradora Mariela Enríquez, las historiadoras Thania Villamizar y Janet Segovia, e igualmente los historiadores Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo y Francisco Moro Albacete, que aunque institucionalmente hablando no formaban parte del grupo, si afectivamente y en la práctica-trabajo aportado. Y otros que se fueron incorporando más tarde como Luis Bastidas y Raquel Martens. Hoy casi todos, incluyéndome, somos profesores, activos unos y jubilados otros, de la Universidad de Los Andes.

A pesar del muchísimo trabajo que implicaba el funcionamiento tanto académico como administrativo del Museo, *la profe Jacqueline* emprendió un nuevo proyecto con el apoyo del Decanato de la Facultad de Humanidades y Educación, la formación de un centro de investigaciones. Nació entonces el Centro de Investigaciones Etnológicas (CIET) y comenzó a funcionar en el edificio “D” de la Facultad. Se esperaba que el CIET y el Museo Arqueológico funcionaran de manera complementaria en varias áreas de investigación pertenecientes al Grupo de Investigaciones Antropológicas y Lingüísticas que teníamos, y se trató durante varios años, pero finalmente no se logró. Hubo, como considero lógico, mucha disparidad de pensamientos, actuaciones e intereses. Desde la Facultad de Humanidades y, como uno de los objetivos del CIET-GRIAL, se generó otro proyecto de la incansable y muy dinámica profesora Jacqueline Clarac, la Maestría en Etnología con Mención en Etnohistoria que funcionó durante un buen tiempo en la Facultad de Humanidades y Educación y que ahora, conjuntamente con el Doctorado en Antropología, también fundado por ella, sigue funcionando en el Centro de Investigaciones Museo Arqueológico de nuestra Universidad.

Fueron largos años de relación académica y de amistad con *la profe Jacqueline*, en los que, por supuesto, no todo fue armonía y paz, también hubo momentos turbulentos, muchos y con distintas gradaciones de desacuerdos y separaciones. Sin embargo, mi respeto, consideración, cariño, agradecimiento y reconocimiento siempre para ella. Es un icono de la Universidad de Los Andes por méritos bien ganados, una mujer de excepcionales dotes de sensibilidad y humanismo, investigadora de destacados aportes al conocimiento sobre la antropología y la etnohistoria andina, maestra-guía de compromiso académico y social así como creadora de numerosos e importantes espacios académicos que hoy continúan funcionando y produciendo conocimiento gracias a los buenos oficios de algunos de los que fueron sus alumnos-colaboradores.

San Cristóbal de las Casas, México, 2021.